



Tiene el tío Sam mucho miedo de que triunfe el amarillo

por si le da, cuando venza, por ayudar al vecino.

10 céntimos



PARADOJA ELECTORAL

Los monárquicos no votan. Esta clase de ciudadanos, reducida en número, pero fuerte por su admirable buen sentido, se limita á cumplir antiguos deberes: acapara los empleos públicos, elude el pago de los impuestos y acepta las guerras con la sola condición de que los soldados pertenezcan á la otra clase, á la de los súbditos que pagan, que están excluidos de las públicas prebendas y que además pierden el tiempo en las comedias electorales de gran éxito.

Todo esto requiere explicación cumplida. La demandan imperiosamente la lógica y el superior ingenio de los oportunistas. Y por otra parte, apenas empezado el presente artículo, se acumulan contra él las formidables objeciones de votantes y candidatos, dispuestos á defender su derecho.

Una voz varonil, muy parecida á la del Ardid el viejo detractor del sufragio—hace temblar en nuestras manos la rebelde pluma y corta el hilo de nuestros pensamientos. Dice lo siguiente: «Los monárquicos no votan porque no pueden. Yo sé que acudirían á los comicios si no les detuviera el temor de un fracaso. Pero como son pocos y gallinas no se mueven de su casa. Y tienen necesidad de que vote por ellos el chulo desocupado, representante del cacique, quien á su vez desempeña funciones ministeriales.»

Cabalmente es esto lo que sucede cuando hay elecciones. Los monárquicos confían al cacique esta pequeña misión augusta, y se van muy descansados á la campaña y al teatro. Algunos llevan su frescura al extremo de irse á sitios peores. No

faltarán quien llene las urnas. El pueblo soberano tiene extremada afición á estas cosas, y en los lugares donde no haya pueblo, saltará el cacique.

A veces, sin embargo, los electores sinceros imitan la conducta de los otros y producen una baja escandalosa en las listas del censo. Un momento de lucidez les basta para comprender que el Gobierno, árbitro de la situación, dueño de la guardia civil y de otros resortes, no puede consentir que vaya al Congreso una mayoría contraria al régimen. Si el Gobierno, en un noble arranque de lealtad, permitiese al procomún elegir libremente sus diputados, entonces veríamos algo original en este mundo, del cual todas las innovaciones están proscritas. Sería la primera vez que los Poderes públicos renunciasen á vivir y presenciáramos el

EN ANDALUCIA



La caravana del hambre.

¡Y ande el homenaje...!



Con el homenaje cree que ha triunfado de la Envidia.

Pero ¿sabe él si estuvo en el acto la Justicia?

gran espectáculo de un suicidio colectivo. Por desgracia, esto es imposible

La inmensa manada electoral, la multitud de extraviada imaginación y de candorosos instintos se detiene en el lindero de lo inaccesible y se estrella ante el eterno dilema: *Fabricar diputados de oposición, ó sacar triunfante de las urnas una mayoría que ni siquiera irá al Congreso.* Esta indecisión es la que determina los arrebatos de fugaz entusiasmo y las crisis de abstención completa.

El elector monárquico, menos inteligente que su adversario, permanece siempre igual, dócil tan sólo á los preceptos que le dicta su felina prudencia. No ha estudiado matemáticas—y aunque las hubiera estudiado no las entendería tal vez; —pero sabe que hay modestas é inútiles ocupaciones y una media libertad que equivale á la servidumbre. El derecho de elegir... entre los peores es graciosamente ridículo. Someterse á los Comités ó á los tres ó cuatro escamoteadores del partido no equivale á votar al candidato predilecto. De seguro que si á ti, lector, te presentan dos mujeres igualmente feas y flacas, te quedarás sin ninguna. La nariz de cuervo de la primera te hará la misma impresión que la desdentada boca de la

segunda. El que recibe un pie de paliza no cuida de averiguar si fué con vara de acebo ó de avellano.

De igual modo los electores, sujetos en la actual organización monárquica ó democrática, á la voluntad de sus jefes de partido—una autoridad erigida al lado de la otra que cobra y pega—esos electores vacilan, dudan y no saben qué hacer. La disciplina les mantiene durante algún tiempo en el encerradero y obedecen fielmente á sus caudillos; pero al fin se sublevan y creen que lo más lógico es *no votar.*

¡No votar! Esta palabra lo sintetiza todo. Si una minoría nada puede hacer y una mayoría no puede hacerse, procede optar por el retraimiento. Si las elecciones implican un recuento de fuerzas y constituyen un ejercicio espartano para más sangrientas batallas, votemos á nuestros candidatos con la condición de que una vez electos se irán á sus casas.

Una minoría nada puede hacer y la mayoría del Ayuntamiento ha hecho cosas muy sonadas. A pesar de esto, los republicanos se han llamado á engaño y empiezan á creer que en la guerra deben emplearse proyectiles de mayor alcance que unas papeletas con el nombre de Moles.

ALBENDARE.



Agape místico contributivo

Pensando en las conquistas amorosas de González Rothvoss, que constituyen ¡ay! la más envidiosa de mis obsesiones, paseaba el domingo último por la plaza Real, cuando advertí que en la puerta del restaurant de Francia formaban grupo compacto quince ó veinte súbditos del integérrimo Vinagre luciendo recias estacas.

Pronto inquirí las causas de aquel exceso de precauciones. Uno de los policías me explicó la clave del enigma.

—No ocurre nada *gordo*, por lo menos por ahora. Arriba están esos de las *contrebuaciones*, que celebran una juerga con motivo de la fiesta de San José. Y como que el año pasado hubo palos, se ve que han tenido miedo y el jefe ha dispuesto que el *señor Memento* y algunos agentes de *quinqué* viniésemos para guardarle las espaldas al obispo por un si acaso...

No quise oír más y subí á casa Justin. Un ban-

quete de la Arrendataria y las espaldas de un obispo en peligro constituían una perspectiva bastante halagueña para decidirme á gastar las cinco pesetas que cuesta un almuerzo con propina en el restaurant que nuestros abuelos conceptuaban como la meta de los prodigios culinarios.

No me arrepentí de mi resolución al llegar al piso, donde tuve ocasion de presenciar el cuadro más pintoresco y estrafalario que puede darse.

Alrededor de una mesa en forma de U, vocal de oportuno simbolismo en una fiesta de los explotadores del lucrativo negocio arrendatario, se estrujaban la flor y nata de los agentes del Fisco con sus levitas relucientes que apestaban atrocemente á bencina; mezclados con ellos ví á varios alcaldes de los pueblos del Llobregat, á quienes Febrer pagaba con una comida las complacencias de todo un año, y en un saloncito inmediato al comedor formaban pintoresco grupo el obispo de Solsona, diez ó doce señoras y hasta dos docenas de curas de diversas fachas, edades y colores.

La figura que más se destacaba era la de Febrer yendo y viniendo de un lado á otro del salon para besar la mano de algun cura que entraba, para recomendar á los camareros que escatimasen el vino ó bien para reprender á los empleados que entretenían el hambre saqueando las fruterías.

Yo me acomodé en un cuartito inmediato, desde el cual podía, sin ser visto, saborear todas las incidencias de aquel agape místico contributivo.

Los empleados protestaban de que la comida no comenzase. Febrer procuraba calmarles diciendo:

—Calma, señores, que hemos de esperar al párroco de la Bonanova.

—Es que tenemos hambre —replicaba uno de aquellos satélites del Fisco—. A las siete de la mañana yo estaba ya en la iglesia de la Merced y no he comido desde ayer.

—Paciencia, todo sea por Dios—insistía Febrer.

Y los famélicos de la Arrendataria murmuraban

EL NELO DE SANTIAGO



¡TIMBA SEMINARISTA

¡Vaya un general que se ha perdido Carlos Chapa!

Lo de Bellas Artes



ban por lo bajo las más atroces maldiciones contra Febrer y contra el párroco de la Bonanova

Por fin llegó el aprovechado párroco y un rumor de alegría se produjo en el salón

El obispo de Solsona se colocó en la presidencia junto á Febrer. Los puestos inmediatos fueron ocupados por curas y mujeres y los empleados embistieron con ferocidad de apremio de tercer grado las fuentes de encurtidos

—*Benedicamus dominæ* dijo el obispo de Solsona

—*Deo gratias* mascullaron Febrer y los curas.

Los restantes comensales no contestaron. No estaban para oraciones en aquellos momentos. Tenían llenas las bocas de salchichon, rábanos y aceitunas

Durante la primera parte de la comida hubo relativo silencio. En la presidencia tragaban y en el resto de la mesa devoraban.

Un camarero salió al pasillo diciendo:

—Nunca había visto una manera igual de comer arroz.

A otro camarero le perseguía un alcalde diciéndole:

—¿Podrían darme un poco más de pelota?

Aun después de lo ocurrido siguen ellos discutiendo por si todavía encuentran al negocio algun arreglo.

El mozo soltó una carcajada. ¿A qué le llamaría pelota aquel monterilla?

En la presidencia se aguzaba el ingenio á medida que el banquete avanzaba y se hacían chistes finos.

Un arrendatario á quien las libaciones comenzaban á producir efecto decía al obispo:

—S. E. no nos hace caso

Benloch contestó:

—Estoy ocupado con las señoras.

Y sus labios sensuales y groseros rieron estúpidamente la ocurrencia.

—A mí sólo me gustan las peras; las peras son mi delicia—exclamaba un cura con apariencias de mico, señalando los fruteros.

Y curas y empleados reían. El único que estaba serio era el *maitre d'hôtel*, alarmado ante el consumo de vino, que se iba haciendo excesivo.

Al descorcharse la sidra, que hacía las veces de champaña, se levantó el obispo de Solsona.

Como los reporteros

LA NUEVA DIPUTACION



Disputándose la presidencia.

LO DE "LA LLETJA"



—Aprenda, don Santiago. Para saber lo que los obreros quieren, no basta con mandar trabajar; hace falta haber trabajado.

cursis, no podría, aunque quisiera, reconstituir el brindis del digno prelado.

Habló de San José, que protege á la Arrendataria; de los hombres justos que forman el brillante ejército de empleados de la digna Empresa de Febrer, el hombre modelo de virtudes cívicas; de flores blancas por allí esparcidas...

Febrer le miraba extasiado, las mujeres le aplaudían; el resto de comensales no estaba para discursos. Al final de la mesa se observaban los prolegómenos de una bronca.

—¡Silencio, señores!—decía Febrer palideciendo de coraje.

—¡Callarse y ser decentes, que no estamos en el Palais!—dijo con voz estentórea un recaudador chato y picado de viruelas.

—Si me prestaseis atención...—suplicaba Benlloch.

Febrer y varios curas acudieron para apaciguar la bronca.

El recaudador chato soltó una blasfemia, descargando sobre la mesa terribles puñetazos que hacían retemblar el salón.

Febrer procuraba calmarle. Los curas se santiaguaban y el borracho, cada vez más exasperado, seguía blasfemando.

El alcalde de la pelota, algo calamocano, quiso darme la explicación de la causa del disgusto de aquel recaudador.

La comida le ha *reprendido* decía muy serio. Febrer comprendió que la cosa se ponía fea y dió por terminada la juerga de los justos que, bajo el patronato del patriarca San José y bajo la dirección del obispo de Solsona, despellejan al contribuyente.

SESOSTRIS.

CONFESIONES DE CUARESMA

1.^a

—Padre, si no se me pone con la religion un freno, ó como usted me abandone, de seguro me condeno.

Aunque, á decirle verdad, todavía no he pecado, yo hago una barbaridad el día menos pensado.

La causa que al mal me inclina y me empuja al precipicio es una mujer divina que me ha hecho perder el juicio.

¡Ay, padre, una criatura encantadora, ideal...!
¡con dos pies! ¡una cintura!
¡unos ojos y una sah...!

En conclusion: que es tan bella y que la amo tan sin tino, que cualquier día por ella voy á hacer un desatino.

Cuando me besa, el calor que me dan sus labios rojos...

—Vete al grano (Al confesor se le encandilan los ojos.)

—Y nada de extraño tiene que ce tal modo la quiera,



—¿Ha visto usted lo que le dice Romanones á Villaverde por eso de los cambios?
 —¡Ah! Es que al conde le interesa mucho el cambio; el cambio de ministerio.

pues sé que si á mano viene usted, si la conociera, también se hubiera chiflado al mirar...

—Hijo, adelante; déjate la paja á un lado y al grano, que es lo importante.

LO DE RUSIA



—Sembla mentida que un pop haga tanto ruido...
 —No es un pop, home. Es un pope.
 —¡Bah! Si es que así ho dihuen á Rusia.

2.^a

—Por segunda vez acudo, padre, contrito á su lado en demanda de un escudo que me libre del pecado.

Aunque hago esfuerzos cruentos, la carne á Luzbel escucha, y ya me faltan alientos para soportar la lucha.

Bien sé que se necesita luchar con fe y sin quebranto; pero, padre, es tan bonita y nos adoramos tanto, que no puedo resistir ya de Satán el poder y que voy á delinquir sin poderme contener.

Aquel seno, que aventaja en blancura...

—¡Buen provecho...! Por Dios, déjate la paja y vete al grano derecho!

3.^a

—Padre, al fin...

—No me impacientes hoy con tu gran pesadez, porque hay muchos penitentes que están esperando vez. Veremos si encuentro el modo de explicar... ¿No habrá olvidado aquella chica...?

—No; todo lo recuerdo. ¿Qué ha pasado? Dí el grano, que es lo que encaja, y haz de la paja omision.

—Padre, si dejo la paja me sobra la confesion.

MIGUEL TOLEDANO.

LA PAZ ARMADA



—Es preciso que te estrujes los bolsillos, que yo tengo que fortificar mis fronteras

—Ya veremos si te deja ese que asoma por ahí



—No he hecho más que cojer esta regadera y florecen nuevamente estos troncos que ya parecían estar muertos...

EL HEREDERO

—Estuve á punto de ser muy rico—suspiró Lacre-
telle—. Ya podeis imaginar cuánto lo hubiera
celebrado, porque soy sensual, gloton y amante
del lujo y de los viajes. Me faltó muy poco; yo
tuve la culpa de mi fracaso. Era en 1892. Acababa
de cumplir veintisiete años, la mejor edad para
gozar de la vida, y vegetaba, lo mismo que hoy,
con mis cuatro mil cuatro-
cientas pesetas de renta
y una casita en Picardía.
Dejé que me casaran con
una señorita Elvira Pi-
tanchon, muchacha seca,
tonta, granujienta, verdo-
sa, repulsiva y llena de
honradez. Por eso pasé
amargos días y lúgubres
noches y por eso lancé
un rugido de alegría
cuando recibí del nota-
rio de Tour-La-Pigache,
en el otro extremo de
Francia, una carta en
que me anunciaba la he-
rencia de los bienes de
mi tío Sebastian Lacre-
telle.

Era mi última esperan-
za. Sebastian y mi padre
se odiaban con ese odio
de hermanos, que es el
peor de todos, y desde
que nació no había logra-
do ver las narices de
aquel pariente detesta-
ble. Una vez le dirigí por
carta tímidos halagos. Mi

tío contestó que esa ten-
tativa le producía disgus-
to y que buscara en otra
parte empleo para mis
talentos diplomáticos. Me
dí por avisado, y dejé de
aspirar á la herencia, que
era muy pingüe. No conta-
ba ya con ella cuando llegó
á mis manos la carta del no-
tario. No perdí el tiempo
en inútiles meditaciones.
Por la tarde tomé el expre-
so en la estacion próxima,
y treinta horas despues en-
traba en el despacho del
señor Courtenbaisse. Este
caballero me confirmó la
noticia; pero me dijo que
en el testamento de mi tío
figuraba la cláusula acos-
tumbrada, en la que se pre-
venía el caso del nacimien-
to de un heredero forzoso.

—¿De modo que estaba
casado?—pregunté.

—Desde hace tres años,
y con una jóven muy hon-
rada á la que amó apasiona-
damente en un principio pa-
ra detestarla luego.

—¿Muy honrada?—pre-
gunté acordándome vaga-
mente de ciertas historias.

—¿Está usted seguro de ello?

—Caballero, aquí todos pondrían las manos en
el fuego en aseveracion de mi dicho.

Estas palabras me tranquilizaron un poco y ha-
blé de visitar á mi tía.

Está de viaje—me dijo el notario—, y creo
que tardará en volver algunas semanas.

—¿Y no es de temer—insistí—que sobrevenga...
un heredero forzoso?

—Lo ignoro. Y de todos modos la señora Lacre-

EN EL MERCADO



—¿Y esos señoritos, no compran?

—¡Cá! Para sardinas, se bastan ellos.

telle no me ha explicado nada. Puede ocurrir que... Y en este caso nombraremos un curador.

Salí ligeramente inquieto, pero lleno de regocijo. Me quedé cuarenta y ocho horas en Tour-La-Pigache, y luego, considerando que tenía en la cartera un billete de mil pesetas, resolví celebrar el fausto suceso. Escribí á mi mujer cuatro páginas de mentiras invocando la necesidad de permanecer algún tiempo en el Mediodía. Después me fui á Marsella con el santo propósito de correr una juerga por todo lo alto.

Me hospedé en un modesto hotel, porque no pensaba gastar el dinero en coches ni en propinas, y salí á la calle á la husma de aventuras. En esta primera jornada falló mi intento. La excursión estaba preparada con sobrado arte y con cierta delicadeza que perjudicó mis propósitos; buscaba menos la voluptuosidad que el amor. Esto equivalía á volver trasquilado al hotel. Al día siguiente me disponía á salir otra vez, cuando se abrió la puerta y vi entrar á una mujercita apetitosa, de cabellos rubios, de ojos azul claro y labios rojos como la amapola. Entró con viveza, aturdida y sin fijarse en lo que hacía.

Al verme se sonrojó y balbuceó una excusa:

—Me he equivocado de cuarto.

Dió dos pasos atrás, respondió á una pregunta, me dirigió tres, aceptó mi conversación, en una palabra, estuvo conmigo más de media hora.

Cuando se retiró mi corazón palpitaba de gozo.

Salí, me paseé por la olorosa Marsella, sin ánimo para buscar aventuras y sin pensar más que en la aturrullada mujercilla, lleno de placer al calcular que habitaba en un cuarto contiguo al mío.

Volví temprano á casa. Pasé dos horas con la oreja pegada al tabique, espiondo los movimientos de mi vecinita.

Por la tarde comió en una mesa próxima á la mía. La encontré al día siguiente por la mañana en la calle de la República; á medio día aceptó mi brazo para irnos de paseo.

Gocé por fin de mi aventura, fresca y linda, quince días de oasis durante los cuales olvidé á mi enjuta esposa y mi vida silenciosa y triste... Y luego, sin avisarme, la mujercilla huyó, se evaporó, y yo, con los bolsillos vacíos, me volví á mi pantano conyugal. Pero conservaba un hermoso recuerdo de la jóven y la dulce esperanza de mi herencia...

Así, después de algunos días de tristeza, todo me pareció hermoso y viví en las regiones de la fantasía pobladas de mujercitas agradables y complacientes.

Una mañana, mientras permanecía sumido en dulces meditaciones, el cartero me entregó otra



El homenaje de todos los días: el homenaje á la miseria.

misiva de Tour-La-Pigache. Era la derrota, el hundimiento, la catástrofe. El señor Courtenbaisse me decía lo siguiente:

«La señora Lacretelle ha declarado que está en cinta. Es preciso que se entienda usted conmigo para nombrar curador del presunto heredero.»

¡Ah, qué diantre! hubiérase dicho que yo estaba en la situación de la señora Lacretelle, porque la noticia me produjo retortijones de vientre. Tomé otra vez el expreso y llegué de nuevo á casa del señor Courtenbaisse, quien se limitó á confirmar la infausta nueva.

—Si lo duda usted—me dijo—la señora Lacretelle hará buenas mis palabras. Ha regresado de su viaje.

En cuatro saltos llegué á casa de la viuda. Mi visita fué una sorpresa. Entré rápidamente, guiado por una vieja criada, y ví con asombro á mi graciosa mujercita de Marsella. No se turbó mucho, y aún creo que se permitió sonreír irónicamente.

—¡Usted!—exclamé

—Sí, soy yo—respondió con seguro acento.

—Señora—repuse con vehemencia—, creo que lo que ha dicho el señor Courtenbaisse no pasa de ser una pesada broma.

—Caballero, es la pura verdad.

—¡La verdad!—exclamé juntando las manos—. ¡Y se atreve usted á decírmelo!... ¡Me ha engañado usted dos veces! Ya sabe usted que yo conocí á fondo la verdad.

Fuese hasta la puerta para cerciorarse de que la criada no escuchaba allí y luego dijo con voz dulce:

—Sepa usted que soy una mujer honrada... Sepa usted que el señor Lacreteille me había jurado concederme el usufructo de sus bienes. Al volver sobre su acuerdo, cometió un verdadero robo. Me he visto precisada á entrar en posesion de la herencia; pero esto no perjudica en nada á la familia de usted. La fortuna del señor Lacreteille será para nuestro hijo ó nuestra hija. ¿Qué hay en esto de censurable?

Yo debí poner un semblante muy afligido, porque la joven se echó á reir en mis barbas y luego me echó los brazos al cuello y profirió:

—Vamos, sea usted franco, confiese que no esperaba un céntimo de su tío.

Desfallecí; el recuerdo de Marsella agujijoneó

mis deseos y devolví el ardiente beso á mi graciosa títa.

Hasta cierto punto recibí de manos de la señora Lacreteille la codiciada herencia. Se me nombró tutor del niño, que nació en breve, y la liquidacion me indemnizó espléndidamente de los dos ó tres viajes que tuve que hacer cada año para cumplir mi cometido.

La viuda me recibía siempre como una tierna y dócil esposa

Durante largos años fué mi ensueño y mi realidad amorosa. Me pregunto algunas veces si esto no equivale á una herencia, que en último resultado será tambien para mi hijo. J.-H. ROSNY.

HOMENAJEANDO

CORRESPONDENCIAS DE «EL GURIPA»

Madrid 21 Marzo 905.

Ni el duelo por la muerte del *Perro Paco*, ni el banquete á *Garibaldi*, el capitan de los golfos, ni el entierro de la sardina han *tenío* que ver con el homenaje al Echegaray.

¡La *verdiga* y qué entusiasmo!

No ha *quedao* en el baul una levita de corte *atrassao*, ni en su funda un estandarte de ningun gremio de comestibles ni bebestibles.

Ni de cosas de arder. Porque *miá* que iban guapos los carboneros con sus banderines de distrito y *tóo...!*

Esto ha *sío* una cosa así como las fiestas del Carnaval que dicen que ha habido en Barcelona. Porque ¿sesion en el *Senao*? Allá va Echegaray. ¿Procesion por Recoletos? Echegaray *sentao* en su silla haciendo reverencias. ¿Fiesta en el Ateneo? Echegaray al Ateneo... *Ná*; un *Carnestoltas* como el de esas tierras. El rey de la guasa con calva, lentes y perilla.

A pesar de *tóo*, la cosa ha *salío* bien; ha *sío* el final que era de esperar despues de tanta ovacion como ha *tenío* don José, empezando por aquella en que dió la *casualidá* de que los entusiastas encontraron á las dos de la madrugada cincuenta ó sesenta *hachas* de viento *pá* acompañarle en triunfo hasta su domicilio. Si no hubiera *sabío* *tóo* el mundo lo modesto que era Echegaray, hubiera creído que él lo había *pagao* *tóo*...

Yo tambien quise rendir homenaje á don José. Y decidí gastarme una *pela* en un *simon*. No habrán hecho otro tanto muchos de los entusiastas que le han *dao* vivas. ¡Los vivas salen tan baratos!

Bueno. Pues tomé mi *simon* y dije al cochero:

—¡Al *Senao*!

Pero no había *contao* con la huéspedea. Y la tal huéspedea era que no dejaban pasar de la calle de Isabel la Católica más que á los coches particulares. Los de punto ¡magras!

La *verdá* es que en algo había de conocerse que Echegaray había sido dos veces ministro con la República.

¡Vayal Pues *por mor* de no tener coche propio me quedé á pata. Y no les *pueo* contar á *ustés ná* de lo que pasó por allá adentro.

Solo sé, por lo que leí en los papeles, que funcionó la música de *Alabarderos* y que, entre otras cosas, tocó la Marcha Real *fusilera*. ¡La diosa! Me *paece* que han *sío* muy guasones los gachós de la Comision. Porque esas alusiones son muy sangrientas.

Luego charlaron este y el otro y el de más allá, y, por último, el rey entregó á Echegaray las insignias

del premio Nobel, “pronunciando—dice un periódico—brevísimas palabras para enaltecer la labor artística del autor de *A fuerza de arrastrarse*”.

(El periódico que dice esto no es *El Padre Cobos* precisamente.)

Se oyeron algunos vivas al autor de *La escalinata de un trono* y se acabó el primer acto.

Lo de la manifestacion fué cosa rica.

Pá muestra allá van algunas de las Sociedades que concurren al *azto* con estandartes, *insinias* y demás:

El Arte Culinario, la Sociedad de Aparejadores, la de Comisionistas, los Expendedores de petróleo, Gremio de aves, Almacenistas de vino, Fiambres, Camiseros, Tablajeros, Frutas y hortalizas, Fabricantes de pan, Peluqueros, Herreros, Jergas, Tejidos, Figones, Salchicheros, Ultramarinos y... el Fomento de las Artes, la Sociedad cursi de mayor circulacion de la corte.....

¡Ah! No vi á las cigarreras; pero, en cambio, estaban los estudiantes. Y ¡qué pillines! Les decían cada cosa á las chicas que estaban *asomás* á los balcones, que tenían que meterse dentro. Todo en nombre de don Pepe y para mayor charol del homenaje...

Verdá que si no llega á ser por ellos, aquello ¡ni un entierro!

Y eso que hubo su *miajita* de bronca cuando pasaron por el ministerio de Hacienda. Entonces los chicos silbaron de lo lindo. Por lo visto, se acordaban de que había *sío* ministro de aquéllo Echegaray y no había *resultao* ninguna eminencia.....

Tóos los entusiastas pasaron por delante del *homenajeado*, que estaba allá, en *tóo* lo alto de la escalinata de la Biblioteca, *sentao* en una silla, saluda que te saluda como si le tiraran de una cuerda..... ¡Qué emocion!

Tanta fué la del pobre don Pepe que le pasó lo que á Valbuena: le dió un desmayo y fué á dar con el pecho de don Alberto Aguilera. Se le pasó el desmayo á escape.

Y *ná* más.

¿*Pá* qué quieren *ustés* saber más cosas del homenaje?

¡Ah! He oído que querían haber hecho otra fiesta en el Banco de España.

Muy propio. Al fin y al cabo, á don Pepe le debe estar pero que la mar de *agradecia* aquella casa.

¡Cuándo andaba entre manos una ley contra el Banco y á favor de los que pagan fué la única vez que don Pepe fué al *Senao* y... defendió al Banco.

Y *¡tóo* por España!

EL GURIPA.





Es un negocio increíble.
No hay hombre más discreto,
más juicioso y sensible
que el Goron español analfabeto.
Preguntadle cómo hizo
su rápida fortuna,
y contesta con una
mueca que es un hechizo.
Se la labró en un día
un billete feliz de lotería.
Admito desde luego
que procede del juego,
capricho de la suerte;
pero es cosa muy fuerte
que al juego se aventure
y de los juegos cure
quien, con lícitas artes,
les gana en todas partes
á puntos y banquero
el dinero.

El zar ha destituido por telégrafo á su amado Kuropatkin, cuya retirada ya no puede ser más definitiva.

Pero ¿no sería lógico también relevar á todo el ejército, que parece compuesto de generalísimos?

Hay quien pide justicia para Alejo Kuropatkin, menos culpable ciertamente que Besobrazof y otros pícaros á cuyos desaciertos se debe la guerra actual.

Es lo mismo que pedimos nosotros para Weyler: justicia. Pero en este caso habría que recurrir á un juicio sumarísimo. Y... más vale callar.

El órgano democrático ¡ejem! de Canalejas se lamenta de las desgracias que causan los deportes reales, y pide que los ministros aconsejen prudencia almonarca.

Años y más años lleva el país sufriendo el deporte llamado monarquía, que produce innumerables víctimas, y, no obstante, Canalejas lo encuentra admirable.

Es natural: ¡como que le han nombrado campeón!

Manuel Bueno acaba de descubrir que *El alcalde de Zalamea* es de Lope de Vega.

Estos intelectuales son terribles.

Maura ha dicho ¡que Villaverde no se llevará nunca el premio Nobel.

No vemos la imposibilidad; Maura es mil veces más inepto que Villaverde y, sin embargo, se ha llevado varios premios.

Incluso un puntapié regio, que es la mayor glorificación póstuma que puede apetecer un político.

Un periódico de Madrid llama *ilustre joven* á nuestro inclito Santiago Valentí y Camp.

Que se falsifique la ju-

ventud es delito ligero; pero la *ilustración*...
¡Bien se conoce que esas cosas se escriben desde lejos!

Guillermo Lopez no quería ni pagar el billete del tranvía ni enseñar el pase.

Creía bastante decir:

—Yo soy Lopez.

Y vino un guardia y le hizo bajar del coche.

Pero él consiguió lo que quería: dar una *campañada*.

Para hacer la propaganda á *la de Gracia*.

Parece que el Gobierno ha renunciado á conceder la gran cruz á Weyler.

Es natural.

El Gobierno llamado á concedérsela es el norteamericano.

Segun las estadísticas de los periódicos de Madrid, Echegaray ha hecho 65 obras.

A mi entender, le faltan aún cuatro.

Se ha incendiado la casa de Argamasilla en que se dice que Cervantes escribió la primera parte del *Quijote*.

Yo ya sé quién es el autor del incendio: el espíritu de Cervantes.

Que está dispuesto á evitar el homenaje en su honor.

Para que no se le confunda con Echegaray.

¿Conque Sanpere y Miquel tiene un hijo en las brigadas de esos que están en las listas y cobran y no trabajan?

¡Ahora lo comprendo todo!

Por eso con tanta rabia

Sanpere defiende el *trust*.

Eso es ser vivo, ¡caramba!



—Ya sabís, ¿eh? Se os sube el sueldo; pero á ver si tenis pupila y conocís á las autoridades. Que hagais bajar de un tranvía á una persona, está bien. Pero á un teniente alcalde hay que tenerle más respeto.

ENEERMEDAD REINANTE

Este año, como el anterior, Febrer y Sistachs, el arrendatario de contribuciones de Barcelona, ha obligado á sus empleados á que vayan el día de San José á confesar y comulgar, celebrando luego un banquete en honor del santo carpintero, al cual ha convertido en patron de la Arrendataria.

En tan solemne acto, que fué presidido por el obispo de Solsona, un *gachó* que se llama Vivo y que no desmiente su apellido repartió un elegante folleto, recuerdo de la fiesta del año anterior.

Y vayan ustedes leyendo algunos recortes del tal folleto.

En varios prologuitos, preludios, atrios ó como quieran ustedes llamarles dice:

"... la Arrendataria de contribuciones no contaba, por otra parte, con la ayuda de los elementos sanos de Barcelona, que, si veían con simpatía al nuevo arrendatario por sus condiciones personales, los que las conocían, recelaban y temían no fueran eficaces para el ejercicio del arriendo, por las grandes dificultades que tal transformación llevaba y lo antipático de todo servicio recaudatorio.

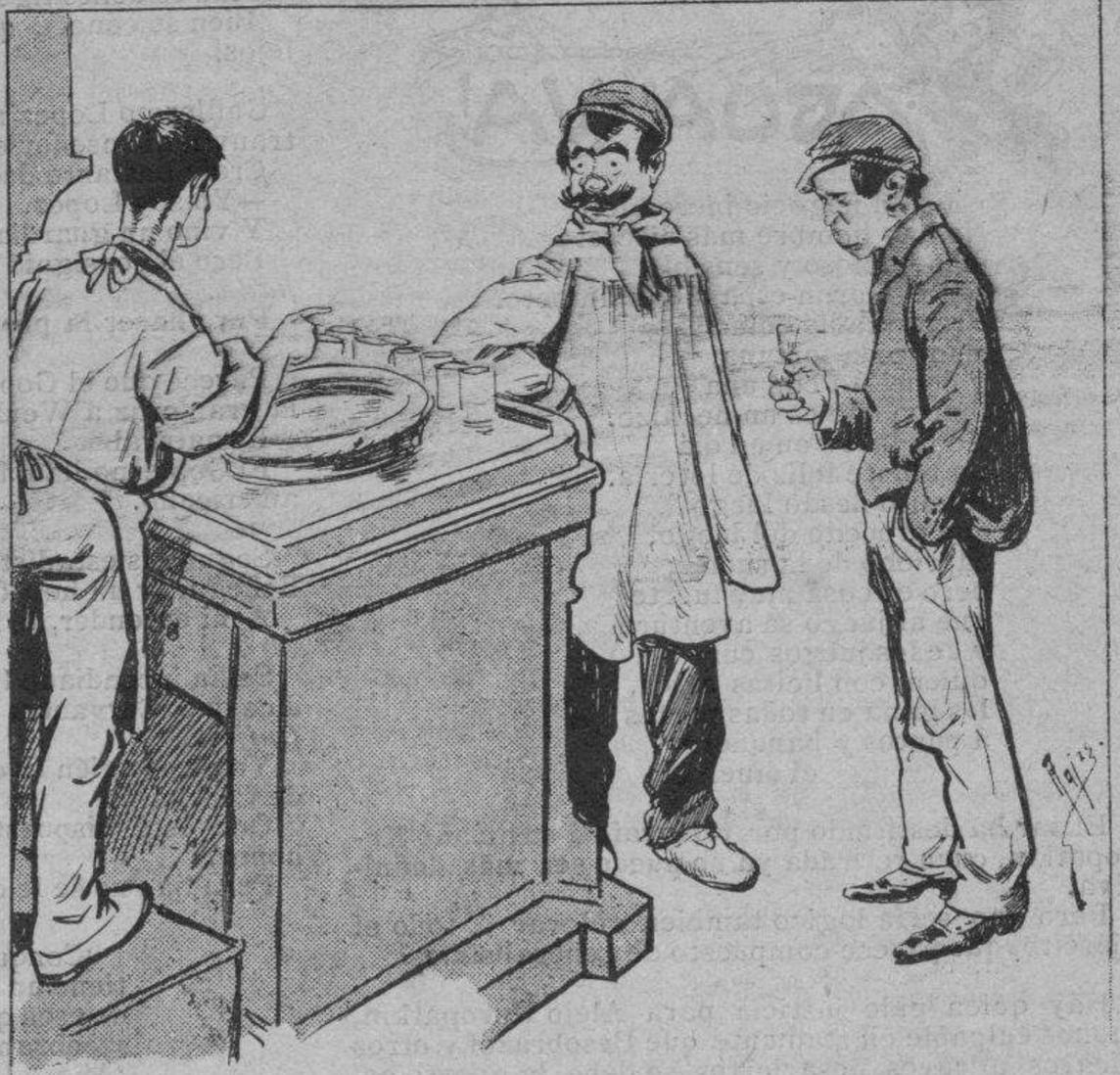
Se imponía buscar especial protección del Altísimo y á ella se acudía poniendo por intermediario al Santo Patriarca, que, por feliz coincidencia, era patrono no sólo del señor Febrer, sino también, por llamarse igualmente José, de la mayoría de los señores que forman el alto personal de aquellas oficinas."

"Tómese ejemplo también de esta Compañía arrendataria que cifra su principal gloria en el cumplimiento de un deber inherente á todo buen ciudadano, el de ayudar al Estado á sobrellevar las cargas que sobre él pesan."

Publica el tal folleto versitos de los que se leyeron en la velada, y... allá van algunos:

"No tema esta Compañía de cristianos fiel modelo, pelear con vivo anhelo sin miedo á nadie y con fe. ¡Luche siempre y nada tema, si á la impiedad, ruda guerra haciendo va, en esta tierra, guiada por San José! ¡Feliz, pues, una y mil veces esta digna Compañía, si honrándole en este día, ennoblecida se ve! ¡Corona inmortal por premio habrá en la Gloria alcanzado, y en el Cielo, su abogado será también San José!"

"Llegit del Evangeli aquest passatge, he comprés com tributa vassallatge aquest Arrendament al ditxós Sant Joseph, al gran Patriarca que la contribució paga al monarca anyal y fidelment. Si de pagá'l tribut fou partidari Joseph, no fou Jesús pas lo contrari de qui cobrarlo deu; donchs Ell, quan l'Evangeli predicava,



—Usté aguardiente. ¿Y usté?
—Yo un mitin con selz

al César, lo del César li donava, á Deu lo que es de Deu."

"¡Gloria á José! dulce faro que á su Patronato y guía, se acogió esta Compañía como su egida y amparo."

Y basta de recortes. Tenemos compasión de nuestros lectores.

Aunque verdaderamente todo esto tiene muchísima gracia.

Es un "Agua va," que nos da hecho la Arrendataria de Contribuciones.

Que, por lo visto, reza un *Padrenuestro* cuando va á desbaliar á un pobre industrial que no tiene para pagar la contribución y un *Ave María* cuando va á exagerar aun más las condiciones onerosas en que trabajan sus empleados.

Y todo con la bendición apostólica del obispo Vivo.

Ya corre de boca en boca y á sus amigos les choca (aunque yo no sé por qué) el amor que San José despertara en Roca y Roca.

Dando juego el hecho viene y ahora todo es murmurar, si bien yo he de confesar que creo que eso no tiene nada de particular.

Pues ya sabe todo el mundo que con pesar muy profundo hijos no puede tener.

Roca y Roca es infecundo.

El pobre ¿qué le va á hacer?

Otro hubiera recurrido á usar reconstituyentes; pero él, que nunca ha atendido al qué dirán de las gentes, ahora al fin se ha decidido,

llo de esperanza y fe,
á buscar en donde esté,
porque el pobre está en un brete,
remedio, y ha hecho los *Siete*
domingos de San José.

En los Angeles le han visto
y despues le han criticado
porque á Dios se ha encomendado.
Pero, señores, ¡por Cristo!

Si un hombre desconsolado
por su desgracia se ve
usad con él de piedad.
Dejad que rece, si cree
que es el pobre San José
patron de Esterilidad.

QUEBRADEROS DE CABEZA

CHARADA

Querida lectorcita, esta charada
fijándote un momento está aclarada;
tan solo ten un poco de paciencia,
que en ello solo estriba esta gran ciencia.

Y voy á presentarte á mi *primera*,
que es nota musical muy verdadera.
Ahí viene la *segunda* preparada,
por nota te la dejo presentada.

¿No aciertas la charada, lectorcita?
Caramba, si es de sobra facilita.
Ahí tienes mi *tercera*, que he nombrado.
Yo juro que al momento te has fijado.

Y á fe de yo llamarme cual me llamo,
tambien es otra nota sin reclamo.
La *cuarta*, con la cual ya finalizo,
un susto, te lo juro, darnos quiso.

Mas yo me lo temí y á la carrera
bemol la convertí por majadera.
Lo cual te indicará que cual la jota
la tocan y la cantan, por ser nota.

El *todo* lo es tu novio, niña amada,
por eso es que te tiene fascinada.
Decirte, lectorcita, más no puedo,
y piensa que á tus órdenes me quedo,
seguro de que aciertas la charada.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

(De *El Mero*)

Y

DDD CON
DA

TARJETAS

(De *Fernando Carné*)

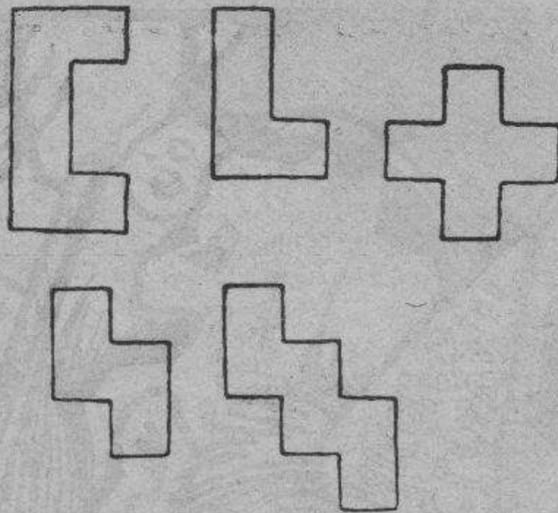
Ramona Mata de Nages.
Clor.

Fórmese con estas letras el nombre de un pueblo
de la provincia de Barcelona.

CHARADA EN ACCION



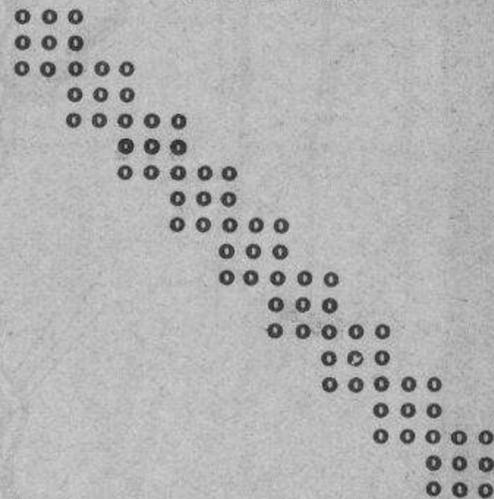
ROMPE CABEZAS



Q	U	E	I	E	N	T	A
L	C	A	L	I	D	O	S
C	E	L	O	S	O	S	E
D	E	S	C	U	U	P	E
E	D	N	L	A	C	O	C
P	A	R	L	A	L	D	E
M	A	R	P	C	A	S	E

Recórtense las cinco figuras que aparecen en primer término y con ellas tápanse veinticinco letras del cuadrado, de manera que las treinta y una que quedan al descubierto expresen un conocido refran.

CADENETA



Súplanse los signos con letras que combinadas horizontal y verticalmente expresen: 1.º, patriarca; 2.º, cuadrúpedo femenino; 3.º, vasija; 4.º, prenda militar; 5.º, atrevido; 6.º, tratamiento; 7.º, lago de Rusia; 8.º, petróleo; 9.º, objeto del culto; 10, tiempo de verbo; 11, nombre de varon; 12, tiempo de verbo; 13, madreperla pulida; 14, animal; 15, soberano; 16, pronombre; 17, refugio; 18, flor; 19, cuadrúpedo masculino.

PROBLEMA

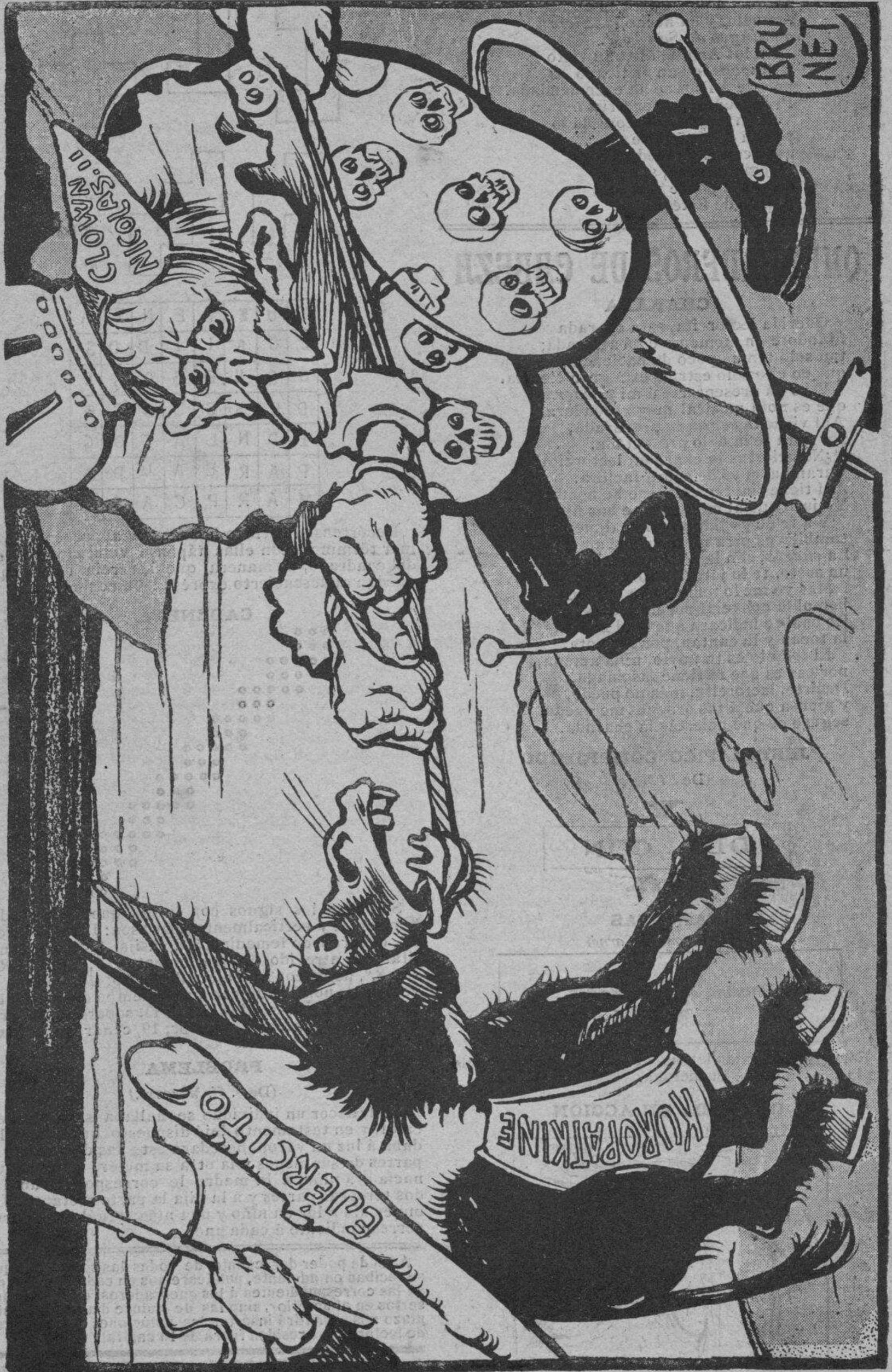
(De *J. M. Marassé.*)

Al fallecer un individuo se hallaba su esposa en cinta, y en testamento dejó dispuesto que si aquélla daba á luz un varon, heredara éste las dos terceras partes de sus bienes y la otra su mujer, y si la que nacía era niña, á la madre le corresponderían las dos terceras partes y á la hija la parte restante. La mujer dió á luz un niño y una niña. ¿Cuál es la parte correspondiente á cada uno?

A fin de poder dar cuenta de todas las soluciones que se reciban en adelante, publicaremos en cada número, no ya las correspondientes á los quebraderos de cabeza insertos en el anterior, sino las de quince dias antes. Este plazo nos permitirá insertar las soluciones procedentes de lectores que residen fuera de la capital.

Imp. de EL PRINCIPADO, Escudillers Blancs, 3 bis, bajo

ESCENA DE CIRCO



El relevo de Kuropatkin